

## Interludio teórico (II)



### *La cuestión de los estilos de desarrollo*

Existen alternativas ideológicas en el terreno social, económico y político, y por lo tanto es posible escoger —pueden hacerlo, al menos los detentores del poder— entre distintos estilos de desarrollo. No obstante, si tomamos en cuenta la inquietud por los problemas del medio ambiente, que, más que agregar un elemento nuevo supone el planteamiento de un problema esencialmente nuevo, debería reconocerse que hasta hoy sólo ha predominado un estilo: el vandálico. En otras palabras, existen alternativas, limitadas, características del esquema analítico ortodoxo. Varias alternativas teóricas interesantes y valiosas se han propuesto para un planteamiento global de la problemática de la biosfera, pero hasta aquí ninguna ha sido puesta en práctica a escala nacional o mundial. Trataré de demostrar este punto de vista.

Hay una forma de opinión, tal vez la más difundida, que considera la crisis potencial de la biosfera en general y los aspectos ecológicos en particular, como elementos que deben tomarse en cuenta en la planificación del desarrollo. En otras palabras, es cuestión de considerar simplemente, una o más variables y parámetros para perfeccionar el modelo. Si esto fuera así, sería perfectamente lógico concebir un capitalismo ecológico, un conservatismo ecológico o, finalmente, cualquier otra mezcla o combinación igualmente ecológica y ecléctica. Son éstas las posibilidades que considero ilusorias. Creo que, por diversas razones que explicaré más adelante, las formas de organización socio-económicas y políticas actualmente vigentes en el mundo, son esencialmente antagónicas al logro de una armonía tripartita entre Naturaleza, Seres Humanos y Tecnología. Pero antes de continuar explorando un campo que considero delicado quisiera hacer ciertas disquisiciones a modo de recapitulación.

Estimo haber dejado lo suficientemente claro el alcance de la actitud antropocéntrica y creo haber demostrado también que su origen se remonta a la base misma de nuestra cultura occidental y que, por lo tanto, es un factor común a todas las filosofías o ideologías políticas vigentes a la fecha.\* Es entonces, el producto de una «causa final» que, en consecuencia, no puede resolverse por la inclusión de factores correctivos en esquemas o modelos cuyas deficiencias son el resultado de «causas eficientes». En otras palabras, un modelo de desarrollo puede ser perfeccionado en términos formales todo lo que se quiera, pero las modificaciones de bases culturales consideradas desfavorables, trascienden toda posibilidad de formalización y sólo son posibles como producto de una profunda revolución estructural, capaz de alterar o substituir por otros algunos caracteres ontológicos dominantes. Suponiendo que éste sea un argumento plausible, debería declarar en suma, que si el comportamiento antropocéntrico se origina en «causas finales» y la ineficiencia de las ideologías así como de las organizaciones socio-económicas y políticas que emanan de ellas se originan en «causas eficientes», cualquier intento de modificar o perfeccionar estas últimas, que no esté sustentado en una reorientación radical del primero, será en vano.

\*El anarquismo filosófico puede ser hasta aquí, la única excepción.

El necesario advenimiento de una especie de humanismo ecológico capaz de substituir, o, por lo menos de corregir el antropocentrismo que prevalece entre nosotros, es ciertamente una perspectiva tan revolucionaria que no es posible incluirla como un simple elemento en un plan de desarrollo, por ambicioso y sofisticado que sea. Pero quiero volver ahora a la proposición. He sostenido que los sistemas actualmente vigentes no son compatibles con la solución integral del problema planteado. Esta consideración se basa en el hecho de que todos, en constitución y contenido, fluyen de una matriz cultural común que, debido a sus características, los ha impulsado, a pesar de sus divergencias y diferencias en otros aspectos, por una vía opuesta a la que un equilibrio dinámico entre Naturaleza, Humanidad y Tecnología requiere, o más bien dicho, exige. Este argumento parecería ser suficiente como para justificar una revisión crítica global. Pero aún quedan aquellos que, rechazando la validez de mi teoría de «causas finales», se aferran a la creencia de que la solución perseguida sólo descansa en la posibilidad mecanicista de corregir errores dentro de sistemas reconocidos como esencialmente buenos y positivos. Debo entrar, por lo tanto, a la segunda etapa en esta incursión crítica que consiste en destacar la manera en que cada sistema individual se ve afectado, ya no solamente por «causas finales» adversas, sino también por «causas eficientes» igualmente adversas e igualmente comunes a todos. Si la «causa final», como se ha dicho, es responsable del antropocentrismo, este último también es responsable, por vía de las ideologías, de la forma que han asumido los sistemas socio-políticos y económicos. Esto en cuanto se refiere a la concatenación de las «causas finales». Lo que se deduce es que los estilos de desarrollo, o más bien las metodologías concretas que cada sistema ha diseñado para resolver sus problemas de acuerdo con sus objetivos últimos, se convienen en causas «eficientes», cuyos resultados pueden ser generalmente individualizados y medidos. Los estilos de desarrollo se convierten en fuerzas programadas que, al ser activadas, generan procesos identificables en el espacio y el tiempo.

El producto final de los estilos de desarrollo, en cuanto éstos son «causas eficientes», es generalmente conspicuo, y es posible identificarlo en términos temporales, así como en términos de ubicación y magnitud. Así se ha difundido la creencia de que al resolver caso por caso, o al evitar la proliferación de nuevos casos a través de nuevas medidas tecnológicas, y legislativas, el problema global se solucionará tarde o temprano. Mi tesis no admite esta posibilidad, ya que aquellos aspectos en que los actuales estilos de desarrollo difieren notablemente entre sí son neutrales respecto al medio ambiente, mientras que aquellos aspectos que les son comunes, son precisamente adversos para con el entorno. Pero, lo que es aún más crucial, el grado de importancia que alcanzan estos factores comunes dentro de cada sistema individual, es tal, que el efecto de alterarlos equivaldría a una completa reformulación de cada sistema. En otras palabras, la corrección drástica de las «causas eficientes del problema ambiental, dentro de un Sistema Capitalista —para tomar Un ejemplo— significaría el final de lo que define al Sistema Capitalista. No sería un capitalismo reformado, sino algo enteramente diferente. Otro tanto ocurre, por cierto, con los demás sistemas existentes.

Hay más elementos comunes ambientalmente adversos, de los que podría analizar en este capítulo. Por lo tanto me he decidido seleccionar sólo dos, lo suficientemente importantes como para ilustrar mi punto de vista. Me referiré al problema del mecanicismo y a algunas materias relacionadas con el concepto de magnitud. Sin embargo quiero indicar previamente que, aunque todos los sistemas no se verán afectados con la misma intensidad por cada uno de los puntos mencionados, todos ellos son vulnerables en mayor o menor grado.

## *El problema del mecanicismo*

Cada sistema ha generado su propia teoría económica. Pero «la verdad completa es que la ciencia económica, en la forma en que es profesada generalmente esta disciplina, es mecanicista en el mismo sentido en que generalmente estimamos que lo es la mecánica clásica». Cuando los economistas se obsesionaron por elevar su disciplina a la categoría de ciencia, realizaron todos los esfuerzos posibles para asimilarla a los patrones relativos a la física de aquel tiempo. Esto se detecta en los trabajos de Jevons (1835-1882) y de Walras (1834-1910) inglés y francés, respectivamente, que trataron de encontrar analogías con la mecánica clásica. El propio Irving Fisher (1867-1947) como lo saben todos los economistas, se empeñó en un esfuerzo digno de un relojero suizo, por completar la construcción de un mecanismo particularmente ingenioso e intrincado cuyo objetivo era demostrar la naturaleza puramente mecánica del comportamiento del consumidor. La Ley de Say (1767-1832) que tuvo una influencia tan importante en el pensamiento económico liberal («la producción genera su propio poder de compra» es igualmente mecanicista. El concepto de «Homo Oeconomicus» lo es indiscutiblemente y, finalmente, los diagramas de reproducción económica de Marx están sujetos a la misma limitación.

Esta tendencia no presentaría problema alguno si los procesos económicos fueran realmente mecánicos. Por supuesto que muchos economistas todavía creen que lo son y las políticas económicas que propician así lo demuestran. Después de todo una de las características de muchos economistas consagrados a la formulación de políticas, es su talento para abstraerse de la realidad, lo que provoca un caos para los que viven en ella. Pero el hecho es que los procesos económicos, susceptibles de interpretaciones mecánicas en ciertos casos aislados, son de naturaleza entrópica en su tendencia más amplia y generalizada.\*

·Este concepto de entropía se deriva de la Segunda Ley de Termodinámica que, en su formulación más simple, establece que el calor siempre fluye en una dirección, es decir desde el cuerpo más caliente al más frío. Porque este proceso es unidireccional, además de ser irreversible, prueba la existencia de procesos que no pueden ser explicados en términos mecánicos. En este sentido debería recordarse que un fenómeno mecánico sólo es tal, en la medida en que es reversible. De esto se desprende que los procesos en trópicos sólo pueden ser descritos por métodos ajenos a la mecánica (concretamente, por medio de ecuaciones termodinámicas). La entropía revela aquello que en otros términos es generalmente identificado como una tendencia irrevocable hacia la degradación de la energía de todos los componentes del sistema es igualizada. Así el sistema queda incapacitado —como resulta evidente hasta en turba intuitiva— de alterar su estado final excepto por estímulos exógenos.

En lenguaje de física el estado de máxima entropía es sinónimo de caos o de desorden absoluto (lo que es lo mismo ya que el orden es concebido como producto de la diversidad). Finalmente, lo que es importante tener en cuenta es la noción de irreversibilidad en oposición a los procesos mecánicos.

Contrariamente a lo expresado en libros de texto, el último eslabón en el proceso económico no es el consumo sino la generación de desperdicio. Esto significa una transformación de baja entropía en entropía alta, y aunque este proceso es inevitable, resulta posible al menos, disminuir su aceleración. Este es un punto que muchos economistas todavía rehúsan reconocer: el hecho de que «puesto que el producto de los procesos económicos es el desperdicio, dicho desperdicio es el resultado inevitable del proceso y ‘ceteris paribus’, aumenta en mayor proporción que la intensidad (creativa) de la actividad económica». La hiperurbanización y la creciente contaminación que conllevan estos centros considerados como los de más alto desarrollo, es una prueba de esta aseveración, prueba que surgió como sorpresa desconcertante para todas las teorías económicas. Uno debería preguntarse cómo

reconciliar el producto de la «eficiencia» apoyado por todas las teorías económicas, con el desastre ambiental resultante.

Debido al hecho de que la ciencia económica nunca otorgo al entorno —sistema afectado por la entropía— su peso real, le fue posible a esta disciplina mantenerse encerrada en su torre de marfil mecanicista hasta la hora de la verdad. Es así como la economía se ha tornado en una disciplina (ciencia, si se quiere) tan a-histórica como cualquier proceso mecánico: sólo lo que es irreversible representa el surgimiento de una novedad auténtica; en su sentido más puro, sólo lo irreversible es un acontecimiento nuevo.\* Lo mecánico no es más que la posibilidad de la repetición. La economía está dispuesta a jugar elegantemente con esto último, pero se encuentra en gran medida, desprovista de argumentos y herramientas para enfrentar lo que es realmente novedoso.

Es extrañamente conmovedor observar los esfuerzos persistentes de tantos economistas para elevar su quehacer a la categoría de ciencia libre de contradicciones, mientras que la física —inspiración del mecanicismo económico— renunció hace años a esa falacia

Así como el «principio de complementariedad» de Niels Bohr (1885-1962) surgió de la necesidad ineludible de tener que aceptar que el electrón puede comportarse a veces como onda y a veces como partícula, formas de comportamiento mutuamente incompatibles, así también las teorías económicas deberían estar dispuestas a aceptar la coexistencia de procesos mecánicos y entrópicos que también parecen contradictorios entre sí.

Sin embargo, lo curioso es que la ciencia económica se originó —sin que sus creadores se percataran de ello— en una noción entrópica: la escasez. Es evidente que «si el proceso entrópico no fuera irrevocable, es decir, si la energía de un trozo de carbón o uranio pudiera ser utilizada una y otra vez ‘ad infinitum’, la escasez casi no existiría en la vida del hombre. Hasta un cierto nivel, incluso un aumento de la población no causaría escasez; la humanidad simplemente tendría que usar las reservas existentes con mayor frecuencia»<sup>7</sup>. No obstante, la escasez existe porque los procesos entrópicos son irrevocables. En la medida en que los economistas no estén dispuestos a aceptar la crisis que afecta a los fundamentos de las teorías económicas para poder emprender su reconstrucción, toda esperanza de que contribuyan positivamente a la interpretación adecuada y a la posible solución de los problemas biosféricos es sumamente remota.

Finalmente, hay un aspecto adicional que quisiera acentuar. Los procesos económicos, especialmente aquellos generados por el establecimiento liberal corporativo, aumentan la entropía mundial a un ritmo aterrador. La generación de crecientes cantidades de desperdicios innecesarios está sellando el destino de miseria de los sectores económicamente Invisibles» del mundo. Esto significa que aquellas teorías económicas que dan apoyo teórico a las acciones del liberalismo corporativo no sólo son erradas desde el punto de vista técnico, sino también desde el punto de vista moral.

### ***Sobre cuestiones de magnitud***

Aristóteles sostenía que una gran ciudad no debía confundirse con una ciudad populosa, y llegó hasta proponer que el límite óptimo de la población de un estado es el número máximo que pueda abarcarse de una sola mirada. Esta noción puede parecer absurda a los pensadores y al público general de hoy día que se ha acostumbrado a confundir la grandeza y la eficiencia con el gigantismo. Sin embargo, en vista de los nuevos problemas que afectan a la humanidad, no parece sensato rechazar, sin mayor consideración, la posibilidad de revisar conceptos que fueran descartados en el curso de la evolución del pensamiento y de la historia. Nuestra situación actual no tiene analogías en el pasado; no es el resultado de una continua

extrapolación. Hay circunstancias enteramente nuevas que nos obligan a buscar inspiración en todas las fuentes del conocimiento y la experiencia humana. Lo que es anticuado en este caso, no lo es porque sea viejo, sino porque es obsoleto. Es así como los conceptos contemporáneos (tales como la economía mecanicista, ya discutida) deberían destacarse también debido a su obsolescencia, mientras que proposiciones de un pasado remoto pueden volver a surgir, sorprendentemente rejuvenecidas y adecuadas. Las observaciones de Aristóteles que acabo de mencionar me parecen muy pertinentes. De hecho, en el Interludio Teórico III de la segunda parte de este libro, he desarrollado ampliamente las ideas de Aristóteles y otros, en relación con la magnitud de los sistemas, especialmente sistemas urbanos y sus entornos. Por lo tanto dedicaré esta sección a comentarios sobre otras materias relativas a los problemas de la magnitud.

Durante mucho tiempo se ha creído que el crecimiento económico es bueno para la humanidad, lo que por supuesto es cierto. El problema surgió cuando lo «bueno» se convirtió en sinónimo de «más y más». Finalmente esta obsesión generó un nuevo concepto de justicia social, especialmente bajo el capitalismo. La justicia social se confundió con el crecimiento mismo. No se trata ya de distribuir mejor una torta que ya es lo suficientemente grande, para que aquellos que poseen menos tengan una mayor proporción. Por el contrario, se trata de hacer una torta aún más grande para que todos reciban una porción mayor que antes, pero manteniendo la misma proporción que les fuera otorgada por el sistema. Por supuesto, lo que tiende a ocurrir es que, incluso con el crecimiento, la parte de torta de los pobres disminuye. La evidencia creciente de esta realidad no parece haber afectado el comportamiento de estos sistemas económicos o de las teorías que los respaldan. Aún se insiste en el sentido de que procesos tales como el efecto del «chorreo» son operantes, a pesar de la evidencia abrumadora de lo contrario, especialmente en muchos países del Tercer Mundo.

El concepto antedicho (siendo especialmente típico del capitalismo, principalmente bajo la forma de liberalismo corporativo) afecta también, en cierta medida, a otros sistemas. Los países del Tercer Mundo, con escasas excepciones, se fascinan con la tentación de seguir el camino trazado por las grandes potencias industriales, olvidando que la única manera de alcanzar y consolidar su identidad y reducir su dependencia, es la de promover un espíritu creador e imaginativo capaz de generar procesos alternativos de desarrollo que aseguren un mayor grado de auto-dependencia regional y local.

La cuestión de la magnitud se torna en apoteosis de la estupidez cuando se aplica a la proliferación de armamentos, sin duda el más rápido y mayor generador de entropía en el mundo de hoy. El hecho de que el poder explosivo actualmente acumulado en el mundo sea equivalente a tres toneladas de dinamita por cada ser humano es tan increíble que sólo puede explicarse con el supuesto de que algún sabio influyente debe haber demostrado que es posible matar a la misma persona, una y otra vez.

La cuestión de la gran magnitud también ha causado un caos conceptual en otras áreas: esto es especialmente tangible en lo que se refiere al llamado problema demográfico. Me quiero referir a este punto con cierta latitud. Los argumentos y advertencias sobre el tema son bien conocidos y no necesitan repetición. Sin embargo, quiero llamar la atención sobre una situación que me parece peligrosamente engañosa.

La población se considera generalmente como un componente cuantitativo con valor absoluto, cuando se hacen proyecciones relativas a los recursos capaces de sustentarlo. Muchos trabajos se han realizado para detectar la población total que la tierra podría supuestamente sostener. Hay quien cree que este total podría ser de hasta cincuenta mil millones, y otros que no se atreven a proyectar una décima parte de esa magnitud. Todo esto sólo me parece especulación ociosa que a nada conduce, porque ignora un hecho fundamental: la expansión demográfica, cuando se relaciona con la disponibilidad de recursos

—real o potencial— no puede ni debe ser tratada en términos absolutos, sino en términos relativos. Hablar de cien millones de personas no significa nada; hablar de cien millones de norteamericanos o de cien millones de personas en la India, lo significa todo.

Estoy apuntando a lo siguiente: cien millones de norteamericanos, medidos en términos de los recursos naturales (tanto renovables como no renovables) que utilizan, son equivalentes a muchos miles de millones de hindúes. Es así que, en términos ecológicos, sería perfectamente legítimo sostener que las naciones relativamente más sobrepobladas son, de hecho, las más ricas y no las más pobres. En términos globales, una disminución drástica de la población en las regiones más pobres de Asia, África y América Latina, tendría un impacto infinitamente menor que una disminución de sólo un 5% de los actuales niveles de consumo de los diez países más ricos del mundo. Cuando se piensa en estos términos, es fácil captar el absurdo y la débil racionalidad de los argumentos que se esgrimen en contra de la ayuda para los países pobres cuando no se trata de países que «realmente están haciendo esfuerzos para reducir las tasas de crecimiento de sus poblaciones».

Todo esto me lleva a pensar que se debería desarrollar un nuevo cuantificador en demografía. Propongo una medida que llamaré «persona ecológica» («ecoson», para abreviar). La idea es establecer una escala aproximada de un drenaje razonable de los recursos que una persona necesita para lograr una calidad de vida aceptable. Me doy cuenta de que esto encierra muchos aspectos subjetivos, pero éstos también están presentes en otros cuantificadores actualmente en uso. En todo caso, no se trata de un problema insoluble. No es difícil establecer una escala semejante en términos de requerimientos de energía, nutrición, vestuario y vivienda. En realidad las llamadas «canastas de productos» han sido calculadas para muchos propósitos, y se trataría simplemente de seguir la misma línea para establecer el drenaje de recursos, directos e indirectos, necesario para un «eco-son». Si se lograra semejante objetivo estadístico, sería interesante calcular por primera vez, por regiones o países, el número de «ecosones» que compone a las diferentes poblaciones. No sería sorprendente, por ejemplo, descubrir que un habitante de los Estados Unidos equivale a cincuenta «ecosones» y que un sólo habitante de India o de Togo no alcanza a ser más que una fracción de «ecoson». Me atrevería incluso a predecir que si midiéramos la población en términos de «ecosones», descubriríamos que el mundo ya está cargado con cerca de cincuenta mil millones, de los cuales la mayor proporción se encontraría en unos pocos países, los más ricos. Además, si consideramos que dentro de mi tesis, la proporción en la cual la población de «ecosones» excede a la población absoluta sería una medición concreta de la cantidad de «excedente de desperdicios»\*, tendríamos finalmente una noción clara de la magnitud destructiva del problema causado por esta predilección por las dimensiones gigantescas. Creo que mi proposición nos capacitaría no sólo para contemplar el problema desde su perspectiva real, sino que sería tan esclarecedora como ilustración estadística, que podría servir de elemento de persuasión para aplicar políticas internacionales más humanistas. Aún confío en que algo se puede hacer, a pesar de que los procesos dominantes hoy en día no parecen inquietarse en lo más mínimo por los sectores «invisibles» del mundo, excepto para acusarlos de ser una carga que debería ser tratada como desechable.

### *¿Qué debemos hacer entonces?*

Espero haber descrito en forma satisfactoria la crisis de los fundamentos que nos afecta a todos de distinta manera. No sería adecuado indicar un curso de acción, aunque está implícito, en cierta medida, en mis argumentos anteriores. Seré más explícito en los capítulos siguientes, al relatar las experiencias concretas en el terreno, en las cuales traté de poner en práctica mis ideas. No obstante, quisiera hacer unas disquisiciones adicionales.

Estimo que, considerando la crisis global que estamos viviendo, nos encontramos de nuevo frente «al inicio de la Utopía». La búsqueda de la Utopía no es sólo la búsqueda de una sociedad que sea posible, sino de una sociedad que sea, desde una perspectiva humanista, deseable. La noción de Utopía o de eutopía, como prefiero llamarla, es rica porque trasciende los eclecticismos en derrumbe dentro de los cuales se realiza la actual búsqueda de soluciones. Las transacciones y las soluciones parciales ya no son útiles, son en realidad engañosas: contaminar o engañar a la gente un poco menos, no es equivalente a vivir un poco mejor o a morir un poco menos, así como un puente que cubre tres cuartas partes de un río, no nos ayuda a llegar a la otra orilla.

\*Al hablar de <excedente de desperdicio.> de una población, me refiero a la cantidad de desperdicio que resulta de niveles de consumo más altos de lo que requiere una población, si se la midiera en términos de ..ecosones...

El tipo de desarrollo en el cual creemos y que buscamos, supone un humanismo ecológico integral. Ninguno de los sistemas actuales lo proporciona, ni tiene la capacidad de corregirse a sí mismo (para poder proporcionarlo) sin perder su identidad. Y, puesto que no creo que ninguno de los sistemas actuales pretenda auto-eliminarse, he dejado de creer en el valor de cualquier medida correctiva. Ya no se trata de corregir lo existente, esa oportunidad se perdió hace mucho tiempo. Ya no se trata de agregar nuevas variables a los antiguos modelos mecanicistas. Se trata de rehacer muchas cosas partiendo de cero y de concebir posibilidades radicalmente diferentes. Se trata de comprender que si el papel de los humanos es el de establecer los valores, el papel de la naturaleza es el de establecer las reglas. El asunto radica en pasar de la mera explotación de la naturaleza y de los más pobres del mundo, a una integración e interdependencia creativas y orgánicas. Se trata de llevar los sectores «invisibles» a la primera plana de la vida y permitirles que finalmente se manifiesten y «hagan lo suyo». Se trata de una redistribución drástica del poder, por medio de la organización comunal horizontal. Se trata de pasar de un gigantismo destructivo a una pequeñez creativa.

Semejante sociedad eutópica que concibo inspirada en una filosofía política que yo identificaría (sólo para darle un nombre) como un «eco-anarquismo-humanista». consolida según mi criterio, muchas de las posibilidades para una adecuada solución del problema. Pero no puede haber nada definitivo ni permanente, incluso en este intento, porque frente a nosotros se extiende un futuro, más allá del futuro imaginable, que nos puede colocar frente a nuevas encrucijadas que nos obliguen a repensarlo y reconstruirlo todo de nuevo una vez más. Pero a estas alturas no podemos preocuparnos de inquietudes aún no concebidas. Tenemos más que suficiente con los desafíos que enfrentamos ahora. Debo declarar simplemente que no creo en ningún tipo de solución permanente. Todos los milenarismos han causado estragos. Mi proposición sólo se orienta a las condiciones actuales: la flexibilidad a largo plazo y la voluntad de cambios van implícitas en mi filosofía.

Mi filosofía es ecológica en el sentido de que se basa en la convicción de que los seres humanos, para realizarse, deben mantener una relación de interdependencia y no de competencia con la naturaleza y el resto de la humanidad. Igualmente supone que ésta sea una relación consciente, porque la perspectiva ecológica proyectada sobre el entorno proporciona analogías fértiles para un ordenamiento social. Es una filosofía humanista porque sostiene que los humanos tienen conciencia de sí mismos y que realizan sus relaciones con la naturaleza y con otros seres humanos, por medio de la cultura. También sostiene que el equilibrio ecológico no debe ser entregado al automatismo, sino que debe quedar sujeto al conocimiento, voluntad y criterio humanos, en términos de una acción política consciente. Finalmente es anarquista, no en el sentido vulgar, sino en la medida en que se basa en el

concepto de que toda forma de concentración de poder (y todos los sistemas actuales nos llevan a ello) aliena a la gente de su entorno, natural y humano, y limita o anula su participación directa y sentido de responsabilidad, restringiendo su imaginación, información, comunicación, capacidad crítica y creatividad. Considero estas condiciones como esenciales para la realización de las dos condiciones anteriores: es decir, una conciencia ecológica respaldada por un comportamiento humanístico’.

Mantengo mis creencias vigorosamente, por lo tanto he tratado de llevarlas a la práctica y vivir de acuerdo a ellas. La historia que sigue narra mi propia experiencia al trabajar y vivir dentro del sector «invisible». Es un experimento importante en la participación y comunicación de comunidades horizontalmente interdependientes que en su conjunto contenían más de cien mil personas económicamente «invisibles». Fue un experimento de tanto éxito que fracasé: los sustentadores tradicionales del poder tuvieron miedo. Sin embargo, me probó que esto podía hacerse y, por sobre todo, que debía hacerse.

1. Para los primeros dos puntos tomé ideas de Ferkiss porque me identifiqué con él aun antes de leer sus obras. Agregué el tercer aspecto que él no toma en cuenta, como muchos otros, porque lo considero lógico y esencial para consolidar la posibilidad real de los dos primeros. No hay forma de humanismo que me parezca sensata sin una redistribución drástica del poder.